

LA SEÑAL DE LOS TIEMPOS

UNA apelación directa al texto evangélico, será sin duda, la mejor introducción, al redactar este trabajo, que sencillamente podríamos titular «Notas para la comprensión de nuestro tiempo».

Y les dijo una parábola: mirad la higuera y los árboles todos, cuando véis que brotan sabéis por vosotros mismos que ya viene el verano. Así también cuando veáis que esto acontece conoced que el reino de Dios está próximo. (Lc. 21, 29-31).

Cuando ha llegado la tarde decís: buen tiempo porque el cielo está rojo y a la mañana: hoy habrá tormenta porque el cielo tiene un rojo sombrío: sabéis discernir el aspecto del cielo, *pero no las señales de los tiempos*. (Mt 16, 2-4).

Sería mutilar una serie de posibilidades atribuir a estos textos una actitud del Señor, netamente escatológica, vaciando el reino de Dios, que es de frutos celestiales, pero de raíz terrestre, de su sentido realista.

Siguiendo la línea de estas afirmaciones observamos que una constante y reflexiva atención a la realidad social—en el sentido amplio de esta palabra tan minimizada—tiene resonancia en el Evangelio unas veces como queja: los hijos de las tinieblas son más sagaces...; otras como mandato: Sed prudentes como las serpientes..., y no pocas veces como advertencia: ¿porque tiende entre vosotros queriendo edificar una torre no se siente primero a calcular el gasto y haber si tiene con qué acabarlo?

Escuchemos también una exhortación netamente sociológica de San Pablo: conversad discretamente con los de fuera. Aprovechad el «Kairos», (el concepto de «Kairos» tiene un sentido concreto y religioso: la voluntad de Dios en la historia en forma de una posibilidad que es un don de Dios).

ACTITUDES CRISTIANAS

Hace algún tiempo una revista de muy estimable altura intelectual brindó a sus lectores por medio de una colaboración en cadena, una serie de criterios para apoyar una postura cristiana ante el mundo moderno.

Se habló de preterismo de los católicos, de su futurismo; en el fondo lo que se ventilaba era no tanto estar a la altura de los tiempos cuanto a la altura del espíritu cristiano; se pedía autenticidad y fidelidad a los problemas que la cristiandad de hoy presenta al Cristianismo de siempre.

Aunque bien intencionada faltas de esta fidelidad se perfilan en el mundo cristiano de hoy—y de siempre—dos posturas, connotadas con otras intermedias.

Adaptacionismo, el de los novedosos, prestos a sacrificar las esencias y normas cristianas, pendientes más del juicio de los mundanos que de su conciencia, del juicio de Dios. Hay en San Lucas un trozo de la Escritura que bien pudiera ser un retrato vivo de ellos. Dice El Señor: Con quién compararé a hombres de este género. Son semejantes a esos muchachos que sentados en la plaza cantan unos a otros aquello de: os tocamos la flauta y no danzasteis, entonamos lamentaciones y no llorasteis. Porque vino Juan el Bautista, que no come pan ni bebe vino y vosotros decís: está endemoniado; ha venido el Hijo del Hombre que come y bebe y decís: es un Hombre glotón y borracho, amigo de publicanos y pecadores. (Lue. 7, 3-34).

Reaccionaria, miedosa ante todo lo nuevo que puede ser representada en aquel retazo evangélico de San Juan. Mas se levantó un gran viento y el mar se puso agitado; no tengáis miedo. Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos. Huelga hacer glosa de estos textos y apurar la imagen del mar agitado como representación, socorrida para expresar los vaivenes y presiones de la historia.

Amor cristiano a los hombres, arrimo con sus preocupaciones; amor a la tierra para restaurarlos en El. Esta actitud brota de una plenitud de vida cristiana, con sentido totalitario de la existencia; la vida cristiana no es pura esencia, sino existencia integralmente de vida, llena de responsabilidad histórica, con adhesión firme a la fidelidad creadora del espíritu capaz de coger el estremecimiento germinal de los nuevos tiempos, de las nuevas situaciones, en los avatares de la Historia.

EL SENTIDO HISTORICO

Uno de los hallazgos más fecundos de la cultura cristiana es el descubrimiento del sentido histórico, al que Menéndez y Pelayo saludó con tanto alborozo.

Para un mejor alcance y estudio del sentido histórico hacemos una referencia al excelente libro del profesor Millán Puelles: *Ontología de la existencia histórica*.

Por nuestra parte vamos a estudiar siquiera ligeramente unos términos técnicos en la Filosofía de la Cultura: modernidad y actualidad de cuya precisión puede salir, lo que la Escuela llama estado de la cuestión. En el lenguaje de la Filosofía de la Historia se viene llamando modernidad al proceso cultural secularizador, antropocéntrico, anti-tradición y en el fondo anticristiano, que arranca de la Reforma, pasa por la Revolución Francesa hasta llegar a los últimos estadios—que hoy padecemos—en la crisis social contemporánea, en el término de la época de las revoluciones y en el fin del mundo moderno.

Actualidad para Yosef Pieper, de manera manifiesta es todo aquello por lo que una época se siente fortalecida y confirmada en sus especiales valoraciones y conocimientos; actual es lo que corresponde de manera positiva e inmediata al querer de una época. Pero esta confirmación no se olvide, agudiza también, naturalmente, las obcecaciones de la misma época. Actual no solo es lo que una época «quiere», sino también lo que necesita; actual es el correctivo, actual es el «no» contra tiempo o sea contra los peligros internos naturalmente ligados con las posibilidades de una época.

Hechas estas precisiones terminológicas, queda claro, que el Cristianismo no puede ser moderno sino actual, para cuyo logro no debe descuidar ningún medio ni instrumento de penetración en el mundo.

LA HISTORIA COMO COMPRESION
DEL PRESENTE

Periclitada la historia académica, narrada por cronistas oficiales, palaciegos, monjes o militares, ha surgido, pujante y excesivo evidentemente en muchos casos, un concepto de historia total, como instrumento capaz, apoyado en el pasado, de esclarecer el presente y orientar el futuro. A esta tendencia culturalista y filosófica de la historia desde

Hegel, Spengler, Sorokin, Toynbee se ha perdido una serie de normas, seguridades y conocimientos eficaces para construir una imagen válida del mundo y un sentido del destino humano. Se trataba de un historicismo positivo llevado a extremos inadmisibles, por desorbitar los cauces puramente tendenciales de la historia.

Filosofía de la Historia, y la historia de la cultura han proporcionado sin embargo una penetración apreciable a la realidad histórica. Limitando los excesos de estas ciencias nos brindan un empalme, una colaboración magnífica para lo que llama Thils, una Teología del ambiente. La historia así estudiada y entendida es como la experiencia social acumulada de generación en generación, incesantemente controlada por nuevos actos, comprobada por nuevas pruebas.

CRISTO PLENITUD DEL TIEMPO

Se ha dicho que los santos son siempre actuales; que importa tanto como decir que su actualidad viene ofrecida por la identificación con Jesucristo.

San Pablo en la carta a los Hebreos: Cristo es ayer y hoy: es siempre. Para entender este texto de San Pablo y otros es menester renunciar a mirar las cosas con ojos cargados de tiempo, teñidos de tiempo, hechos para ver el tiempo.

La Encarnación introduce la Eternidad en el tiempo. En Cristo el siempre (eterno) se abraza en el tiempo (histórico).

No despojamos a Cristo de su figura histórica. Nació, vivió y murió en su marco histórico, con sus costumbres, con su época, con sus acontecimientos.

Pero San Pablo nos rebela por la fe—suprema forma de conocimiento aquí en la tierra—que Cristo es el mismo en todos los tiempos. Es el centro de la historia. Todas las cosas han sido hechas por El. Consume en sí todos los tiempos, porque es un siempre histórico, no una idea metafísica, invariable y fija.

Nada ha sido hecho sin El que es la razón última, el íntimo sentido de la realidad profunda de lo que en el tiempo acontece. Veamos el carácter óptico de estas afirmaciones paulinas. Todas las cosas nosotros somos mediante El (S. P. I. C. 8, 6); todas las cosas fueron creadas por El., todas las cosas que en El subsisten (S. P. C. 11, 16-17). Este Cristo Histórico (real) y su Cuerpo místico (real) prolongan a su influencia, su vida, su presencia a través de todos los tiempos y todos los espacios.

De aquí brota que la identificación con Cristo en que consiste la Santidad, es un siempre real, una actual presencia.

FUERZA CREADORA DEL ESPIRITU

Hora es ya de superar ese determinismo, ese fatalismo histórico de tantos cristianos, comidos de complejos, remolcados que han uncido los bueyes detrás del carro, porque no han distinguido entre biología histórica y auténtica historicidad. ¿Por qué les asusta el dinamismo histórico, tan entrañado en la vivencia cristiana? Repitamos muy alto las rotundas afirmaciones de San Pablo: Ya el mundo, ya la vida, ya la muerte, ya lo presente, ya lo venidero, todo es vuestro y vosotros de Cristo y Cristo de Dios.

Es necesario hacer fluidas esas reservas espirituales de la cultura Cristiana.

Hoy más que nunca agarrotados por esa parálisis que en los tiempos de crisis se hace palpable en las sociedades importa, subrayar la agilidad y plasticidad del espíritu. Hacer la defensa del espíritu hasta sus últimas consecuencias.

Recordemos las palabras del Génesis y del Salmo VIII hablando del hombre: Lo has hecho poco menor que Dios. El hombre llamado a ser señor de la creación. Dios se lo ha formulado de modo indicativo y de modo imperativo: Tú eres el señor del mundo, sé el señor del mundo. Y autor el hombre de nuevas formas de vida histórica y concreta, de nuevos estilos de artes y costumbres.

El cristianismo ha descubierto lo que es «el ser histórico». Los griegos oían el canto de las esferas, pero no los pasos de la historia. El hombre era considerado como un trozo de naturaleza, extraordinario sin duda, pero elemento cósmico. Sólo el cristianismo nos da la imagen verdadera del hombre capaz de escapar del proceso determinista y crear nuevas situaciones y nuevas leyes alimentadas en la realidad que tiene por otra parte que tutelar.

EL CRISTIANO: CAPAX UNIVERSI

Una elaboración de todo lo expuesto sitúa al cristiano—única y verdadera forma de hombría—dentro de una perspectiva de largo alcance, frente a la acción cristiana en el mundo de hoy, y frente a una vitalización de los procesos culturales, sociales, políticos y económicos.

El sentido histórico que ha enriquecido a la cultura cristiana resulta un sóbrio relativismo que enseña a matizar ideas, situaciones y opiniones, que garantizan nuestra libertad interior y provoca consecuentemente una fidelidad a la sabia nutricia cristiana, en sus normas eternas, naturales y sobrenaturales.

Una conclusión de trascendente importancia es que las personas permanecen, pero sus formas mentales y sociales varían. Que vale tanto como decir que al Espíritu, no obstante el conocimiento realista y experimentado de la situación histórica, lo que realmente importa o debe importarle son las personas. Ese núcleo íntimo de la personalidad con sus nuevas vitalidades sin estrenar, es al que hay que equipar de proyectos, desde una plenitud de vida humana y sobrenatural.

El cristianismo hondamente vivido actúa, roturando el presente, para el futuro, con profunda adivinación *de la señal de los tiempos* en un esfuerzo para salvar la vida misma y no sólo cualquiera de sus formas y manifestaciones.

SANTIAGO PEREZ



Rincones Pintorescos

"Las Batuecas"

*Valle de San José de «Las Batuecas»
hondo lugar en la quietud perdido;
paraje solitario y escondido,
de ingentes precipicios, peñas huecas...
¡Allí se habla con Dios, sin ser oído!...*

R. SAUL

I

Paisaje

Enorme cuenca o región
hidrográfica, ¡asombrosa!...
donde la estancia es miedosa
frente a la humana emoción.

Conduce hasta tal mansión,
por la ladera escabrosa,
carretera tortuosa
de sencilla construcción.

Paisaje adusto y sombrío,
sin apenas horizontes;
al fondo, un pequeño río

circundado de altos montes;
y, entre ese monte bravío,
raras peñas polifrontes.

II

Silencio

Como bendición divina,
ágil, cruza en rauda vuelo
por el claro azul del Cielo
la enlutada golondrina.

Riega el agua cristalina
del torrencial arroyuelo
aquel desértico suelo
donde, alta, crece la encina.